

le quedaron fieles. Se les apareció vivo, tres días después de su muerte como lo habían predicho los profetas. De él viene la secta de los cristianos, que subsiste hasta hoy."

Juliano, Celso y Porfirio, para quienes el aislamiento y la obscuridad de los orígenes del cristianismo hubiera sido un triunfo, proclaman su publicidad, por la naturaleza misma de los argumentos que emplean contra la divinidad de Cristo.

Lampridio nos enseña que Alejandro Severo rendía todas las mañanas un culto secreto al divino Crucificado, que Adriano quería ponerlo en el número de los dioses y que con este designio hizo edificar las *Adrianeas*, templos, sin imágenes que aguardaban á su misterioso huésped.

Chalcidio, filósofo platónico, refiere la aparición de la estrella que condujo á los sabios de Caldea á la cuna del nuevo Rey de los judíos, y Flegón, liberto de Adriano, rinde testimonio á la profecía de Jesucristo y á su cumplimiento, referente á la ruina de Jerusalén: describe en estos términos el duelo de la naturaleza á la muerte del salvador. "El cuarto año de la Olimpiada 202 hubo un eclipse de sol más grande que ninguno de los que has-

ta entonces se habían visto; á la hora de sexta la luz hizo lugar á las tinieblas, de tal modo espesas, que las estrellas aparecieron en el cielo, y un temblor hizo caer gran número de edificios."

Talus y Castor, en el primer siglo, refieren el mismo hecho.

Tácito presta el apoyo de su gran autoridad á aquellos á quienes él despreciaba; su pluma, que dice tantas cosas en tan pocas palabras, deja caer esta confesión:

"Había una *multitud inmensa* de gente odiosa "que el vulgo llamaba cristianos: el autor de este "nombre era Cristo, quien bajo el reinado de Tiberio fué condenado á muerte por el Procurador "Poncio Pilatos."

*Una multitud inmensa* engendrada á la vida pública por un hombre llamado Cristo: he aquí la revelación de un historiador venerado.

No es, por lo mismo, cierto, como afirma el racionalismo, que el testimonio evangélico estuviere aislado, cuando así se publicaban los hechos que el Evangelio refería.

Un judío de Tarso, perseguidor á muerte de la nueva secta, milagrosamente convertido, describe, en sus cartas, á Cristo. Después de él, viene una

legión de paganos; Clemente de Roma, Ignacio, Justino, Atenágoras, Aristides, Cuadrato, Tertuliano, Minusio Félix, Arnobio y otros muchos.

Todos ellos han pasado al cristianismo en la madurez de la edad, en el esplendor de la inteligencia, en la plenitud de la libertad.

Todos han sido arrancados violentamente, por un poder sobrehumano, á los errores y pasiones en los que estaban todavía sumergidos los letrados del paganismo.

Los unos han visto, oído y tocado á los enfermos y á los muertos que Cristo había curado y había traído á la vida; los otros han leído en los archivos del Imperio el informe del Procurador Poncio Pilato sobre la vida y los milagros de Cristo.

Justino y Tertuliano no temen apelar en sus apologías á ese monumento que Tiberio mismo no podía leer sin piadosa emoción.

Todos ellos eran paganos y Pablo era judío; todos ellos hablan de Cristo y de su vida, y sus testimonios no desmerecen, porque hayan pasado, como dice Filón, de la semiluz de la ley á la claridad del Evangelio, de la incertidumbre de la filosofía á la tranquila posesión de la verdad reve-

lada, de la depravación del politeísmo á las costumbres austeras y puras del cristianismo.

El aislamiento que invocan los racionalistas más que una torpeza, es una mentira.

Dijimos que el aislamiento en que el racionalismo supone al Evangelio, más que una torpeza es una mentira.

La mentira, por perseverante que sea, no resiste á la claridad de la historia: la luz se hace sobre ella y su cínica desnudez aparece ante las espantadas miradas de aquellos á quienes había engañado.

Esto sucedió con el supuesto aislamiento de que habla el racionalismo.

Así es que la incredulidad, derrotada en ese punto, cambió de rumbo en sus objeciones.

Ya no se habla del aislamiento, sino en ese medio mundo intelectual que se contenta vi- viendo con los relieves del pasado.

Los sabios de la escuela incrédula cambiaron de táctica.

El Evangelio, según ellos, no es más que la poderosa elaboración de un hecho histórico y un acto

de conciencia por el cual el ser colectivo que se llama humanidad, toma posesión de una de las fases de su vida.

Esto es lo que se llama la transformación ó mito de que hablan los racionalistas y la segunda objeción que nos propusimos examinar rápidamente.

“Hay dos clases de mitos, dice el P. Monsabré, el mito histórico y el mito filosófico.

El primero transfigura los hechos, el segundo personifica las ideas.

Y la vida de Cristo, al decir de los incrédulos, como la de todos los dioses que la humanidad ha hecho entrar en los templos, es un mito histórico y un mito filosófico.

Ellos así explican la formación del mito histórico.

No se puede negar, dicen, que hace mil ochocientos años apareció un hombre de virtud singular y de genio poderoso.

Más por fanatismo que por ambición, se persuadió de que era el Mesías prometido á los Hebreos y anunciado por los profetas: bajo el imperio de esta idea, se puso á predicar una doctrina desconocida, á seducir á las muchedumbres con el dulce

encanto de su palabra y á agrupar en derredor de sí seguidores y discípulos.

La secta de los Fariseos, tan rigurosa y tan formalista, se conmovió al ver audacia tan extremada, en medio de una nación fiel hasta entonces á sus tradiciones.

Lastimada esa secta por los duros reproches que le dirigían los labios del Maestro, conspiró contra el pretendido Mesías, se apoderó de su persona ó hizo que se le condenara al suplicio de cruz.

Su cuerpo quedó en la tumba; pero su alma quedó viva en la de los Apóstoles: éstos se ponen de acuerdo, se dispersan y van á predicar por todas partes la vida y doctrina del crucificado.

En aquellos tiempos el mundo estaba atormentado por extrañas aspiraciones y sufría, sin darse cuenta de ello, por la fatalidad misma del movimiento progresivo que lo llevaba hacia sus destinos, el contragolpe de las tradiciones mesiánicas.

Jesús fué aceptado como la expresión más pura de esas aspiraciones, y su vida, pasando de boca en boca, se enriqueció, gracias al fanatismo de sus sectarios, con infinidad de detalles, entre otros, con los prodigios que á los ojos de los pueblos crédulos le dieron una fisonomía divina.

La humanidad, después de las agitaciones que había sufrido, había entrado en sí misma, había adquirido el conocimiento de sus ideas y de sus necesidades, y se traducía en un personaje típico, porque, notadlo bien, dice el Dr. Strauss, puestas en un individuo, en un Dios-hombre, las propiedades y las funciones que la Iglesia da á Cristo, se contradicen; en la idea de la especie están en armonía.

“La humanidad, continúa diciendo el Dr. Strauss, es la reunión de dos naturalezas; es el hijo de madre visible y de padre visible, de la naturaleza y del espíritu; es el taumaturgo, porque, en el curso de la historia humana, el espíritu domina completamente á la naturaleza dentro y fuera, y esta, en presencia de aquél, desciende al papel de materia inerte, sobre la cual ejerce su actividad; es impecable, porque la marcha de su desenvolvimiento es irreprochable; la mancha sólo toca al individuo, no á las especies y su historia.”

Tal es el resumen del sistema mítico: á la luz de ese sistema, Cristo no es un ser real, tal como el Evangelio lo describe.

Estas teorías, que cuesta trabajo entender, no pueden sostenerse ni ante los principios

mismos que la incredulidad invoca para apoyarlas.

El principal fundamento de estas teorías de la escuela alemana, es la analogía.

Dicen los incrédulos que todas las antiguas religiones se refieren á un hecho primordial, transfigurado por el tiempo, por la imaginación popular y por la aplicación sucesiva de movimientos reflejos, á virtud de los cuales, la humanidad adquiere el conocimiento de su estado.

De la misma manera, agregan, se ha verificado para el cristianismo.

Sometido á la ley general que precede á la genesis de los sistemas religiosos, puede considerarse como una fuisión lenta y pacífica del politeísmo y del judaísmo.

Esa analogía que se invoca, y sobre la cual descansa el origen del mitismo, no existe, y basta, para demostrarlo, ponerse en presencia de la época que vió nacer el cristianismo.

Los mitos se conciben en los períodos oscuros é indecisos, por los cuales atravesó la humanidad en las primeras épocas.

Cuando no había escritura, cuando las tradiciones eran orales, fácilmente se concibe que las personalidades ilustres se escapasen á las miradas

del hombre, antes que sus rasgos quedasen fijados definitivamente y que se les revistiese, á expensas de la verdad, con falsos resplandores.

Pero cuando la escritura ha reemplazado las fluctuaciones de la tradición oral, cuando la historia sentada majestuosamente, como dice el P. Monsabré, está esperando el paso de los acontecimientos para apoderarse de ellos y fijar su fisonomía presente, á fin de que los conozcan bien los siglos futuros, el mito ni se concibe ni se explica.

Cristo apareció en la tierra, á la hora por El determinada, y cuando, como dice una frase de la Escritura, los tiempos estaban llenos.

Roma, señora del mundo, estaba en el apogeo de su grandeza; las letras, por todas partes, habían extendido sus esplendores inefables; Antioquía Tarso, Corinto, Mileto, Efeso, Pergamo, Atenas, Alejandría, Cartago, estaban llenas de escritores que cultivaban las letras con empeño admirable, y de filósofos que asombraban á sus oyentes con la erudición de su genio.

El universo ilustrado estaba en presencia de los Apóstoles; ellos entraron á ese mundo, y no llevaban escondida su cruz en algún pliegue de

sus vestiduras para mostrarla sólo á las hordas salvajes.

Ellos la revelaban á los sabios, lo mismo que á los ignorantes, á las ciudades ilustres, como á los campos flotantes de la Scitia y de la Arabia.

Era imposible, entonces, que los Apóstoles no fueran conocidos; que sus fisonomías no quedasen perfectamente delineadas; que se escondiesen entre las sombras; y que los hombres los revistiesen con falsos resplandores á expensas de la verdad.

Era imposible el mito en la época en que apareció el cristianismo. Jesucristo nació en la época de Augusto y de Tiberio. Tiberio y Augusto no han podido pasar del estado histórico al estado de mito.

¿Por qué, entonces, en esa misma época había de pasar Cristo del estado histórico al estado de mito?

La analogía se vuelve, sin duda, contra los incrédulos de la escuela alemana que la invocan y confirma el testimonio que pretenden destruir en su nombre.

El mito evangélico carece de analogía: también carece de inventores.

Los racionalistas afirman que la sociedad ha hecho crecer el hecho original del cristianismo con sus continuas invenciones y con las ideas que ha ido formando la imaginación del pueblo.

¿Cuál es la sociedad que ha realizado la elaboración de ese mito? ¿La sociedad pagana, la judía ó la cristiana?

Pero la sociedad cristiana ¿cómo se ha formado?

Despojado Cristo por los racionalistas de la divinidad de su persona, suprimidos por ellos los milagros y las profecías, queda colocado el Salvador del mundo en la misma condición, cien veces repetida en la historia, de los hombres que enseñan en su propio nombre y fundan esa escuela.

Es decir, queda el hecho de la fundación del cristianismo como un hecho común, semejante á los que la historia refiere muchas veces.

Ella con su elocuencia severa ha revelado al mundo cuál ha sido el éxito de esas fundaciones puramente humanas.

Hoy mismo, de las escuelas fundadas en los tiempos antiguos y de los genios que las establecieron, apenas queda el nombre.

Contrario á estas lecciones de la historia, el hecho banal de la fundación del cristianismo, tal

como lo presentan los racionalistas, hace agrupar en derredor suyo á una multitud inmensa de toda edad, de todo sexo, de toda condición, de toda nacionalidad, de todo carácter, de toda preocupación; una inmensa muchedumbre que abandona los altares de Jehová y de Júpiter, sistemas ya formados, doctrinas envejecidas, para adoptar un sistema y una doctrina sin precedentes; una inmensa muchedumbre que sale con plena voluntad de un formalismo estrecho, de una corrupción infecta, para entregarse á la disciplina severa de las pasiones y á la imitación dolorosa de un hombre de dolores.

Sólo un poder divino podía realizar este hecho: es el único en la historia; no tiene ejemplo, no tiene semejante

¿Cómo, entonces, esa sociedad que sólo podía nacer al impulso omnipotente de un poder divino, ha podido ser la que inventara ó formara á ese hombre en sentir de los racionalistas que realizó maravilla tan estupenda?

Más claro, Cristo solo, tal como es hoy, tal como los Evangelios lo revelan, es decir, un Cristo Dios y Hombre, puede explicar la existencia de la sociedad cristiana: la sociedad cristiana, según los

racionalistas, ha hecho á Cristo tal como es hoy.

El racionalismo necesita decir una palabra que retire de este círculo vicioso al espíritu que en él naufraga.

No es, por tanto, la sociedad cristiana la ha que formado el mito evangélico.

Tampoco ha podido formarlo la sociedad pagana.

Cierto es, que el paganismo ha multiplicado las encarnaciones divinas; pero con perjuicio siempre de la unidad de esencia, que el Evangelio proclama.

El paganismo ha divinizado la naturaleza, pero de un modo mucho menos sublime, que como la diviniza el Evangelio, que une dos naturalezas en una misma persona, sin que jamás lleguen á confundirse.

La teología absurda, la moral impura, los ritos crueles y obscenos del paganismo, están en oposición abierta con la doctrina, con las costumbres y con la disciplina que el Evangelio enseña.

La razón, entonces, no puede admitir que el dogma, ni la moral del Evangelio hayan podido ser el producto natural y espontáneo del dogma y de la moral del paganismo.

Tampoco pudo formarse el mito evangélico por la sociedad judía.

Los judíos, desde hacía veinte siglos, estaban apegados á la idea que su nación había concebido del Mesías.

Como ya se ha hecho notar, el Mesías que los Hebreos esperaban, había de ser poderoso en obra y en palabra.

El Mesías que presenta el Evangelio está hundiéndose en un abismo de humillaciones, de oprobios y de dolores.

El Mesías del Evangelio, es el Verbo, hecho hombre; pero es el Mesías, hecho un gusano, según la palabra profética y la abyección de la parte más baja de la sociedad.

No era posible que la sociedad judía crease el mito evangélico.

Imposible era, también, que la sociedad romana y la sociedad judía unidas lo engendraran.

El paganismo y el judaismo, dice el Padre Monsabré, estaban tan profundamente divididos, en cuanto á su esencia, que era imposible que se confundiesen por mutuas concesiones y pacíficos acomodamientos, en una misma transfiguración de hechos, en una misma transformación de ideas.

Pero demos que, no obstante estas incompatibilidades radicales, se ocultase en algún repliegue obscuro del judaismo ó del paganismo, el embrión divino que más tarde debía abrirse y traer en derredor suyo á todos los espíritus que abrazaran el cristianismo.

¿Cuánto tiempo necesitaba ese embrión para desenvolverse?

El mito evangélico, desde sus orígenes, apareció vigoroso, de potente vitalidad, y hoy mismo, á pesar de las mil heridas que ha recibido en el curso de su existencia, no parece próximo á extinguirse.

Midiendo sus proporciones, dice el Padre Monsabré, sintiendo palpitar sus fuertes arterias, se comprende la necesidad de una larga gestación.

Según la estimación de los expertos, para un mito pequeño, en una sociedad rudimentaria, se necesitan cien años, ni más ni menos.

Para el mito evangélico, ese tiempo es corto.

Ese mito se desenvuelve, según los datos de la historia, en una sociedad ya formada, es decir, en una sociedad la menos apta para la generación de leyendas y de fábulas.

Se desenvuelve en un medio, en que la per-

sonalidad de su fundador es perfectamente comprendida, abundan los detalles, las indicaciones de los lugares, las circunstancias y épocas precisas.

Racionalmente puede suponerse que necesita una gestación de tres siglos: esta es al menos la opinión de los peritos en mitogenia.

Según el Dr. Strauss, la elaboración del mito evangélico no ha podido comenzar, sino á la muerte de los Apóstoles, es decir, al fin del primer siglo: debió, entonces, aparecer en su forma definitiva, al fin del cuarto siglo.

Pero la historia comprueba, que al concluir el cuarto siglo ya el Evangelio tenía doscientos cincuenta años de vida: la crítica ha fijado la existencia del Evangelio en la mitad del segundo siglo.

Entonces es preciso admitir que esta fábula colossal se formó en cincuenta años, mientras que las raquílicas fábulas de los tiempos antiguos, necesitaban un siglo entero.

Preciso es confesar, ante la luz esplendente de la razón, que las teorías alemanas sobre el mito evangélico, son absurdas y que le falta al mito analogía, inventores, y tiempo para formarse.



La transformación del relato evangélico por medio del sistema mítico, no podía ser la última palabra del racionalismo.

Le quedaba un expediente todavía: admitir la autenticidad del Evangelio y corromperlo.

Dos sistemas se han ensayado para lograr ese intento: uno que pudiera llamarse, como le llama el P. Monsabré, el sistema de la corrupción brutal, y otro que puede ser denominado el sistema de la corrupción hipócrita.

Hubo algunos que, con un atrevimiento inconcebible, aprensaron, por decirlo así, el texto evangélico, para hacer que de él brotaran torrentes de blasfemias.

Jesús, tan admirable y tan amado desde hace dieciocho siglos, no era para esos hombres, que corrompían el texto evangélico, más que un vagabundo, un pordiosero, un perezoso, un hombre que comía bien y de sospechosas costumbres, un mal hijo, un juglar, un agitador, un impío y un condenado por la más justa de las sentencias y castigado con un suplicio digno de sus crímenes.

Así hacen aparecer á Cristo los que, corrompiendo de esta manera salvaje el Evangelio, afir-

man que ese era el hombre cuya vida y milagros se refieren en aquel libro.

«He leído esas blasfemias, dice el P. Monsabré, con los ojos llenos de lágrimas, ofendido en mi fe y martirizado en mi más dulce amor.»

«Después de haberlas leído, se vuelve de esa lectura con un arrepentimiento tan profundo, como fué abominable el pecado de aquellos que las escribieron.»

Nada hay que pueda sostener estas teorías; por sí solas se deshacen; no se necesitan razonamientos para destruirlas.

Pero hay otro género de corrupción más despreciable si se quiere, como dice el P. Monsabré, porque en ese sistema se mezcla la lisonja al asesinato.

A la luz de este sistema, Cristo entra en la condición humana, de donde le ha hecho salir la admiración.

Renan es el que utiliza este sistema: trata de explicar lo que fué Cristo y lo pinta á su manera.

Describe la Galilea y sus encantos, los viajes poéticos de los Apóstoles, los festines, las nupcias eternas y la deliciosa vida de los pastores.

Le da á Jesús un sentimiento exquisito que le

hace contemplar la naturaleza, un corazón tierno, un alma que es un idilio; lo hace el más encantador de todos los Rabbi, pero ese hombre no es un Dios á los ojos del racionalista francés.

Un poco de envidia con San Juan Bautista, un poco de vanidad, un ligero tinte de exaltación democrática y religiosa, una dulce complacencia en las piadosas astucias de sus amigos moderan el vivo resplandor de sus cualidades y de sus virtudes, é impedirán que entre en el mundo divino, de donde los cristianos lo habíamos hecho salir.

Los racionalistas de la escuela de Renan, no entristecen la agonía de Cristo, como los predicadores de la pasión, con el espectáculo odioso de los pecados del mundo.

Hacen aparecer las claras fuentes de Galilea, donde ha podido refrescarse; la viña ó la higuera, bajo las cuales pudo tomar asiento; las hermosas jóvenes que habrían, quiza, consentido en amarle.

No olvidan á los Apóstoles, esas buenas gentes, como ellos les llaman, ávidas de lo desconocido, ni á los publicanos, ni á las amables pecadoras, ni á Magdalena y su opulenta belleza.

Hacen notar que los fariseos han sido heridos

en extremo, y aminoran, ya que no pueden excusarlo, el crimen de Judas.

Les dan á los sumos sacerdotes sus nombres hebreos, hacen aparecer inocente á Pilatos, disculpan á los soldados que escupieron el rostro del condenado, suponiendo que eran legionarios, y que no pertenecían á la milicia romana, explican bien en qué consiste el suplicio de la Cruz, y al fin terminan proclamando, que entre los hijos de los hombres, no ha nacido uno más grande que Jesús.

Así corrompen el Evangelio, y de ese modo lo presentan fundado en un sofisma, y erizado de muchos, *poco más ó menos* á cada paso.

Ese Evangelio creado por el racionalismo, es un Evangelio, dice el Padre Monsabré, cuyo héroe es al de la historia, lo que un desabrido romance á una sublime realidad; un Evangelio poco estimado de los franceses, despreciado de los alemanes, condenado en Roma, y que tendrá el privilegio del aislamiento, hasta que el olvido lo haga desaparecer.

Ese Evangelio que han querido presentar los racionalistas, se refuta por la simple exposición de las corrupciones históricas de que está lleno desde el primero hasta el último de sus capítulos.

Podrán hacerse algunas otras objeciones contra la autenticidad de los Evangelios; pero no hay que ocuparse de ellas, porque, como se expresa el Padre Monsabré, son objeciones parásitas que caen con los troncos corrompidos sobre las cuales vejetan.

Cualesquiera que sean esas objeciones todas tienen, con las que se han refutado en estos artículos, un origen común, es decir la lectura viciosa del Evangelio.

Todos los que tratan de destruirlo, agrega el Padre Monsabré, es porque no han sabido leerlo.

Con el espíritu turbado por las preocupaciones, con ideas preconcebidas, con propósitos malignos, se han arrojado sobre el texto sagrado, y su adorable candor no ha hecho más que irritar en sus corazones el amor de la contradicción.

Para todo lector así dispuesto, el Evangelio es letra muerta.

No debemos terminar estos artículos sobre el Evangelio, sin transcribir estas preciosas palabras del P. Monsabré: Escuchad, decía á los que asistían á sus Conferencias Conventuales, este consejo de mi amistad: Todos los días cuando el ruido de los negocios haya cesado, cuando la agi-

tación de nuestra vida pública se apacigüe, tomad el Evangelio, poneos de rodillas un instante y decid á Dios: Señor, ilumina mis ojos para que no encuentre la muerte en donde has puesto la vida; Señor, dirígeme y enséñame la verdad. Levantaos después, leed un cuarto de hora, un cuarto de hora solamente.

Entonces, si tenéis dudas, sentiréis que se funden como la escarcha á los primeros rayos del sol; si vuestra alma está turbada por las preocupaciones, sentiréis que se disipan como las nubes al soplo de la brisa; si vuestro corazón está marchito, sentiréis que se purifica como el oro bajo la acción de un fuego abrasador.

Entonces veréis mejor, amaréis mejor: la fe y el amor se aumentarán el uno con el otro, por una nueva penetración, y podréis decir bañados en dulces lágrimas: Dios mío, estos testimonios son más dignos de crédito que todo lo que se puede creer. *Testimonia tua credibilia facta sunt nimis.*